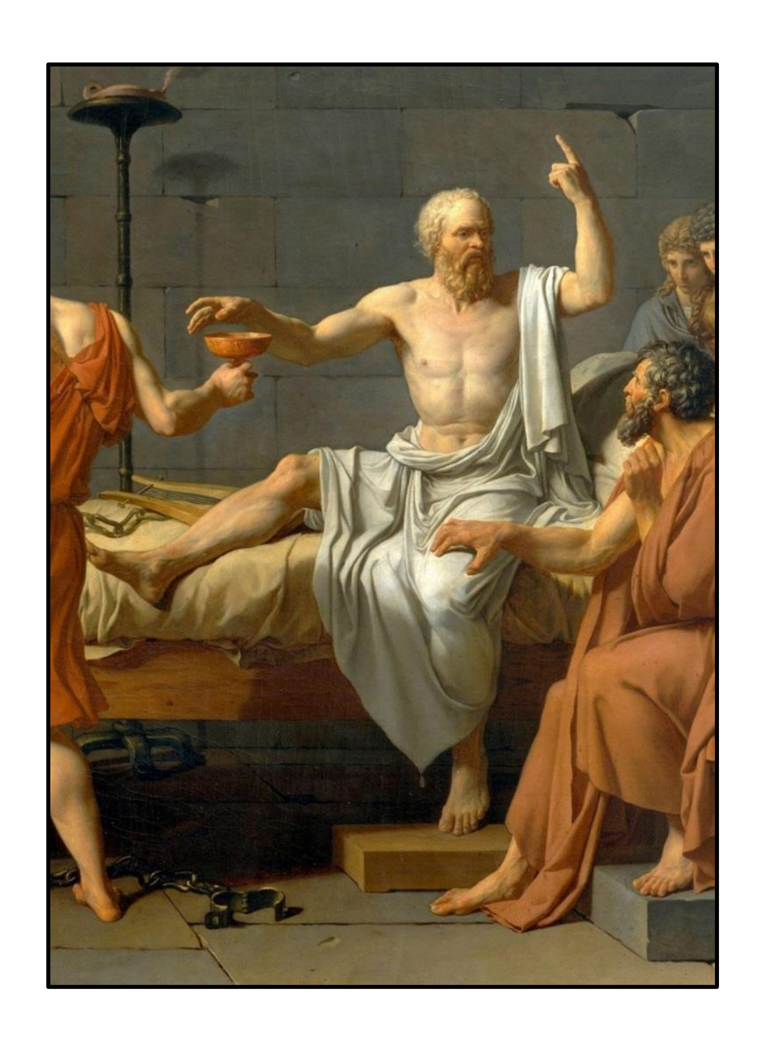
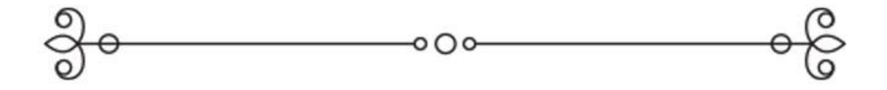
Sócrates



subsistens

“La vida sin examen es indigna de un hombre”

- Platón, *Apología de Sócrates*, XXVIII



Vida de Sócrates

Sócrates nació en Atenas en el 470/469 a.C. y murió en el 399 a.C., condenado a muerte por impiedad (fue acusado de no creer en los dioses de la ciudad y de corromper a los jóvenes; no obstante, tras esas acusaciones se ocultaban resentimientos de diversas clases y maniobras políticas). Fue hijo de un escultor llamado Sofronisco y su madre, Fenareta, era partera. No fundó una escuela, como los demás filósofos, pero enseñó en lugares públicos (en los gimnasios y en las plazas públicas), como una especie de predicador, ejerciendo una enorme fascinación no sólo sobre los jóvenes, sino también sobre hombres de todas las edades, lo cual le ganó notables aversiones y enemistades.

Parece cada vez más evidente que en la vida de Sócrates hay que distinguir dos fases. En la primera frecuentó los físicos, sobre todo a Arquelao[1], quien profesaba una doctrina similar a la de Diógenes de Apolonia[2] (que mezclaba de modo ecléctico a

---

[1] Filósofo ateniense maestro de Sócrates en su juventud, considerado, junto a Diógenes de Apolonia, uno de los últimos filósofos presocráticos. No se conservan obras suyas, pero por testimonio de otros se sabe que sus investigaciones giraron en torno a la realidad física del mundo.

[2] Filósofo nacido en la Apolonia Póntica, se sabe que vivió en los años 460-425 a.C. Junto a Arquelao de Atenas y a Hipón de Samos

Anaxímenes[3] con Anaxágoras[4]). Se hizo eco del influjo de la sofística y se planteó sus mismos problemas, aunque en abierta polémica con las soluciones que proponían los sofistas mayores. La segunda etapa es la de su vejez, tal y como la conocemos por los testimonios de Platón en sus diálogos, Aristóteles, que ocasionalmente habla de él en sus escritos, y por Jenofonte[5].

Tanto la juventud como la vejez de Sócrates tienen sus raíces en la etapa histórica en la que le toco vivir, más que en los hechos de su vida individual. No podemos ni siquiera comenzar a comprender a Sócrates, si no tenemos muy claro que su juventud y su primera madurez transcurrieron en una sociedad muy distinta de aquella en la que se formaron Platón y

---

conforman la segunda etapa de los fisiólogos y eran llamados los "*eclécticos*". Diógenes consideraba que el *aire* es el fundamento último de la naturaleza, que es de origen divino y que ordena el cosmos y penetra todas las cosas con inteligencia. Como se dijo arriba, su teoría es una mezcla de las de Anaxímenes y Anaxágoras.

[3] Nacido en Mileto (588-524 a. C.), discípulo de Anaximandro y uno de los primeros filósofos fisiólogos jónicos (presocráticos). Consideraba que el ἀρχή, *arjé* (principio constitutivo de todas las cosas que permanece en los cambios físicos) es el πνεῦμα, *pneuma* (aire).

[4] Nacido en Clazómene (499-428 a. C.), filósofo bisagra entre los fisiólogos jónicos o "presocráticos" y el mismo Sócrates, de quien fue contemporáneo e incluso coetáneo. Consideraba que el *arjé* es el νοῦς, *nous*, la Inteligencia ordenadora del cosmos.

[5] Filósofo ateniense discípulo de Sócrates, se sabe que vivió entre 453-430 a. C. Al igual que Platón, escribió numerosos diálogos cuyo personaje principal es Sócrates. Es utilizado por la crítica académica para contrastar el "Sócrates" mentado por Platón.

Jenofonte. Sócrates no escribió nada, ya que consideraba que su mensaje debía comunicarse a través de la palabra viva, a través del diálogo y la oralidad dialéctica. Sus discípulos establecieron por escrito una serie de doctrinas que se le atribuyen. Esas doctrinas, sin embargo, a menudo no coinciden y, a veces, incluso se contradicen. El cómico Aristófanes[6] caricaturizaba habitualmente a un Sócrates que no es el de la última madurez. En la mayor parte de sus diálogos Platón idealiza a Sócrates y lo convierte en portavoz de sus propias doctrinas; en consecuencia, resulta muy difícil determinar qué es lo que pertenece efectivamente a Sócrates y qué corresponde, en cambio, a replanteamientos y reelaboraciones que formula Platón.

En tal estado de cosas, se ha llegado a sostener la tesis de la imposibilidad de reconstruir la figura histórica y el auténtico pensamiento de Sócrates, y las investigaciones socráticas han conocido una grave crisis durante varios lustros. Hoy en día, sin embargo, se va abriendo camino el criterio que podría definirse como «perspectiva del antes y del después de Sócrates», más bien que una elección entre las diversas fuentes o una ecléctica combinación de éstas. Cabe constatar que a partir del momento en que Sócrates actúa en Atenas, la literatura en general y la filosofía en particular experimentan

[6] Vivió en Atenas (444-385 a. C.). Fue un comediógrafo, principal exponente de la comedia griega. Muy conocido en su época por parodiar a los filósofos (Sócrates entre ellos) en sus obras.

una serie de novedades de alcance muy considerable, que más tarde en el ámbito griego permanecen como adquisiciones irreversibles y puntos de referencia constante. Pero hay más aún: las fuentes que antes hemos mencionado —y también otras— concuerdan en atribuir a Sócrates la autoría de tales novedades. Por tanto con un alto grado de probabilidad podremos referir a Sócrates aquellas doctrinas que la cultura griega recibe a partir del momento en que Sócrates actúa en Atenas y que nuestros documentos atribuyen a él. Si se replantea de acuerdo con estos criterios la filosofía socrática manifiesta un influjo tan notable en el desarrollo del pensamiento griego, y en general del pensamiento occidental, que puede compararse con una auténtica revolución espiritual.

La búsqueda desinteresada de lo universal: la esencia del hombre y su virtud

Antes de la entrada en escena de Sócrates, la filosofía era ejercida fundamentalmente por los *naturalistas o fisiólogos*. Estos, desde tres siglos antes de Sócrates, buscaban un principio constitutivo del cosmos (ἀρχή, *arjé)* que dé explicación a los cambios y multiplicidad de la naturaleza física circundante. Es decir, sus investigaciones (y los resultados que proponían) no se centraban en el hombre, sino en el cosmos físico. Sus preguntas eran entonces: "¿Qué es la naturaleza y cuál es su fundamento último"?[7]

Cosa distinta hicieron los *sofistas*, que con todo mérito se les puede atribuir un primer giro del objeto de estudio filosófico. Estos, impulsados por múltiples factores sociales, políticos, económicos y culturales, se empeñaron en la *enseñanza de los ciudadanos*. Los sofistas eran profesores, incluso profesionales de la enseñanza, que simplemente se encargaron de responder a una demanda por parte de aquellos que solicitaban formación para las actividades políticas. Esto ya significa un cambio de actitud radical. Sus afanes, que en un primer momento se dirigían a la búsqueda del saber, muy

[7] Es fundamental entender que los presocráticos se preguntaban por la naturaleza en el sentido que hoy le damos vulgarmente: realidad física, material, sometida a cambio. El término griego Φύσις, *fisis,* significa *brote* en un sentido dinámico que no tenemos en español, algo así como "brotación", es decir, realidad en continuo cambio.

pronto se vieron trastocados por la estricta búsqueda de resultados prácticos, por el afán de lucro, una visión cosmopolita del mundo griego y de un relativismo moral que se traducía en el desarrollo de una fina retórica. Esta era muy útil en la naciente democracia griega donde la participación ciudadana en los problemas de la *polis* comenzó a tener más importancia. Es de capital importancia entender este contexto de crisis cultural que atravesó Grecia en el s. V a. C. para entender cabalmente la dimensión de la reacción que inició Sócrates. Esta crisis era generalizada, no se reducía al pensamiento escéptico o relativista de los sofistas, sino que incluso el hombre común y de a pie comenzó a poner en tela de juicio la religión de la polis y los valores morales en los que esta se sustentaba.

A diferencia de los naturalistas y de los sofistas, Sócrates estaba motivado por la exclusiva búsqueda del *saber desinteresado*, es decir no motivado por el lucro ni utilidad alguna: buscaba saber por el saber mismo. Ahora bien, el objeto de búsqueda de este saber era lo *esencial*, aquello que responde a la pregunta por el *qué es esto,* es decir, la búsqueda de la *definición* de lo que se investigue. Así, si preguntamos por la esencia de una mesa diremos que es un objeto fabricado con la finalidad de apoyar cosas sobre él. Si es de madera, de color marrón o si tiene tres o cuatro patas son características *accidentales*, que bien pueden modificarse sin que deje por ello de ser una mesa. Esto que permanece debajo de los accidentes y

que expresamos con la definición es la *esencia de la cosa*. Sabemos por Platón que Sócrates interrogaba por la esencia de la justicia, de la belleza, del saber, del alma, del Estado, etc. Pero fundamentalmente se preguntaba, e interrogaba a otros, por la *esencia del hombre*: ¿Qué es el hombre[8] y cuál es su finalidad? Así, leemos por pluma de Jenofonte:

> -Dime, Eutidemo, -pregunta Sócrates- ¿has estado alguna vez en Delfos?
> -En dos ocasiones.
> -Has notado, en no sé qué parte del templo, la inscripción: *conócete a ti mismo*?
> -Yo sí.
> -Ahora bien, ¿no has prestado ninguna atención a esa inscripción, o bien la has grabado en tu mente y te has vuelto hacia ti mismo para examinar *lo que eres*?...[9]

Y Platón refiere estas palabras a Sócrates:

> No podría consentir nunca que un hombre, que no tiene *conocimiento de sí mismo*, pudiera ser sabio. Pues hasta llegaría a afirmar que precisamente en

---

[8] Nos cuenta Aristóteles que "Sócrates no se ocupaba de la naturaleza (fisis), y trataba sólo de las cosas morales, y en éstas buscaba lo universal y tenía puesto su pensamiento, ante todo, en la definición". *Metafísica*, I, 6, 987.

[9] *Memorab*., IV, 2.

> esto consiste la sabiduría, en el conocerse a sí mismo, y estoy conforme con aquel que en Delfos escribió la famosa frase[10].

En otro diálogo escribe:

> ¿Es, acaso, -se pregunta Sócrates- cosa fácil conocerse a sí mismo, y fue hombre de poco valor quien escribió este precepto sobre el templo de Apolo, o bien es cosa difícil y no accesible a todos? Vamos, ¡ánimo!, ¿de qué manera podría este descubrirse a sí mismo?... ¿Qué es el hombre?[11]

Este cuestionarse por la esencia del hombre implica también la búsqueda de su ἀρετή, areté, *virtud*, es decir, de cuál es el fin que lo llevará a su perfección, a su más alto grado de excelencia. Si nos preguntamos cuál es la esencia de una lapicera, por ejemplo, debemos incluir en su definición aquello que corresponde a su finalidad intrínseca: diremos que es un utensilio para escribir. Este "para escribir" corresponde a su areté, a su virtud. Con el hombre sucede algo similar, su esencia

---

[10] *Carmides*, 164. La "famosa frase" es justamente la mencionada en la cita anterior: γνωθι σεαυτόν, ghnóthi seautón, *conócete a ti mismo.*

[11] *Alcibíades I*, 129 y ss.

determinará cuál es su virtud y esto ocupaba gran parte de la búsqueda de Sócrates[12]:

> -¿Qué, pues? ¿Podremos saber nunca cuál es el arte que convierte a cada uno *en mejor* (*areté*), mientras ignoremos *qué es lo que somos nosotros mismos*?
> -Imposible…
> -Entonces, hasta que no nos conozcamos a nosotros mismos y no seamos sabios, ¿podremos saber jamás qué es *lo bueno que nos pertenece* y qué lo malo?[13]

De esta manera, Sócrates, inicia la investigación filosófica sobre la virtud del hombre, es decir, sobre aquello que corresponde a la perfección de su esencia y que este, el hombre, debe realizar con sus actos para alcanzar la *felicidad*. Esto es lo que luego Aristóteles llamará *ética*.

Para Sócrates, la perfección del hombre, su virtud, y por lo tanto su felicidad última, radica en mejorar cuanto sea posible su parte más divina: su *alma*. Así leemos por Jenofonte estas palabras de Sócrates:

---

[12] Nos cuenta Jenofonte que Sócrates: "Razonaba siempre sobre la cosas humanas, indagando qué es la piedad, y qué la impiedad, lo bello, lo feo, lo justo y lo injusto, en qué consiste la sabiduría y en qué la locura; qué es la fortaleza y la vileza; qué es el Estado y qué el hombre de Estado. Y así, de muchas cosas más, de las que juzgaba que quien posee estos conocimientos es un hombre libre, y el que carece de ellos se encuentra en estado de esclavitud". *Memor.*, I, 1.
[13] Ibid., 128 y 133.

> Pero ciertamente, si algo de la naturaleza humana participa de lo divino, es indudablemente el alma.[14]
> Dios ha infundido en el hombre lo que éste tiene de más grande y mejor: el alma.[15]

En resumen, Sócrates filosofaba para encontrar lo universal de las cosas, su esencia, y específicamente, la esencia del hombre. Esta no es otra que su alma, que es de origen divino, y el afán de Sócrates no era otro que buscar su perfección, su bien, su virtud[16] porque en esto consiste precisamente la felicidad del hombre: en buscar su propia perfección.

---

[14] *Memorab.*, IV, 3.

[15] Ibid., I, 2.

[16] Sabemos que Sócrates conocía una multitud de virtudes: la justicia, la prudencia, la fortaleza, la templanza, la piedad, etc. Pero según él todas se reducen a una sola virtud, a la virtud propia del alma. En este punto hay discrepancias de si esta virtud es el Amor o la Justicia. Considero que, como veremos en el siguiente apartado, la manera correcta de interpretar esta unidad de las virtudes es entendiendo que ,en último término, lo que más le importaba a Sócrates era que el hombre busque la *sabiduría*, y que el *hombre sabio* era para él el modelo de hombre perfecto, o, mejor dicho, del hombre que está en camino de perfeccionarse.

La filosofía: una misión sagrada

Sócrates estaba fuertemente influido por las enseñanzas de la religión *órfica*. Esta era una religión no oficial practicada en la antigua Grecia por un grupo reducido de fieles que adherían a las antiguas enseñanzas del poeta Orfeo. A pesar de su organización sectaria, esta religión tuvo un influjo enorme en las enseñanzas de muchísimos filósofos y poetas, las cuales conformaron un cúmulo de conocimientos y prácticas asentadas de manera casi indeleble en el espíritu occidental hasta la llegada del Cristianismo. A modo de resumen, las enseñanzas órficas nos dicen que:

a. En el hombre se alberga un principio divino, un δαίμων, daimon, demonio (alma o espíritu) que cae en un cuerpo debido a una culpa originaria[17].
b. El alma no sólo preexiste al cuerpo, sino que no muere junto con él. El alma está destinada a reencarnarse en cuerpos sucesivos a través de

[17] Según los himnos órficos conservados estos veneraban a Zeus y a su hijo Dionisos nacido de Perséfone. Dicen estos himnos que Dionisos fue devorado por los Titanes (a excepción de su corazón, que fue devorado por Zeus) y que de sus cenizas nacieron los hombres. Finalmente, Dionisos renació en Zeus, gracias a que su corazón estaba en posesión de este. De esta manera se da fundamento al origen divino del alma humana y a la concepción de su transmigración y ciclo de renacimientos.

una serie de renacimientos para expiar aquella culpa originaria (transmigración de las almas).

c. La vida órfica, con sus ritos y prácticas, es la única que está en condiciones de poner fin al ciclo de reencarnaciones, liberando así el alma de su cuerpo.
d. Para quien se haya purificado (es decir, para el iniciado en los misterios órficos) hay un premio en el más allá. Para los no iniciados hay castigos.
e. El destino último del hombre consiste en volver a estar cerca de los dioses.

Esta antigua religión fue asumida por Pitágoras y sus discípulos, pero con una importante variante: la purificación del alma que pondrá fin al ciclo de renacimientos y la elevará a su reencuentro con los dioses, no consiste sólo en las prácticas rituales, sino en el *culto por el saber*. Recordemos que la etimología de la palabra filosofía es invención de Pitágoras. El saber es algo divino, queda al hombre buscarlo, anhelarlo, pero jamás poseerlo (porque es propiedad de la divinidad). De esta manera, filosofando, es como el hombre, el alma inmortal, logra ponerse en contacto con las cosas divinas[18] y tener la esperanza de retornar a la compañía de los dioses.

---

[18] Pitágoras decía que todo el cosmos está ordenado por el Uno, es decir, la Unidad y la armonía numérica que es de origen divino. Los números, para él, constituyen la esencia de todas las cosas. Tanto él

Esta tradición llegó a Sócrates y, al igual que para Pitágoras, la búsqueda del saber es una misión divina, sagrada. En un extenso pero muy claro fragmento de la *Apología de Sócrates* de Platón, podemos leer lo siguiente:

> Si aún me dijeseis: ¡oh Sócrates!, no consentimos en lo que quiere Anito[19], y te dejamos en libertad, pero con la condición de que no emplees más tu tiempo en hacer esas investigaciones y que no filosofes más; de lo contrario, si te sorprendemos nuevamente, morirás; si, como digo, me dejaseis en libertad, pero de acuerdo a ese pacto, yo os diría: mis queridos atenienses, os saludo, pero obedeceré más bien a Dios, que no a vosotros, y hasta que yo tenga aliento y fuerzas, no dejaré de filosofar y de haceros advertencias y daros consejos, a vosotros y a quien se llegue hasta mí, diciéndole como me es habitual ya: ¡Oh, hombre óptimo!. . . ¿no te da vergüenza de

---

como sus discípulos fueron grandes matemáticos, y aún hoy se estudian sus avances en este terreno (véase, por ejemplo, su famoso teorema).

[19] Político griego que junto con el orador Licón y el poeta Meleto llevaron a Sócrates a juicio acusándolo de impiedad (no creer en los dioses de la polis) y de corromper a los jóvenes. Finalmente Sócrates fue condenado a elegir entre el exilio o la muerte. Este eligió beber cicuta y morir filosofando junto a sus amigos más cercanos. Los más estudiosos académicos coinciden en que Anito tenía rencor hacia Sócrates porque este acusó públicamente a Anito de querer acomodar en cargos públicos a su hijo.

preocuparte de tus riquezas con el fin de que se multipliquen hasta lo que sea posible, y de la reputación y el honor, y no cuidar y tener solicitud de la *sabiduría, de la verdad y del alma, con el objeto de que llegue a ser tan buena como es posible?* Y si alguno de vosotros me responde que él se preocupa de ello, no lo dejaré en seguida; no lo abandonaré, sino que lo interrogaré, lo examinaré y escrutaré. Y si me parece que no posee la virtud, aunque él lo afirma, lo reprenderé, pues considera vil lo que es valiosísimo y le atribuye valor a lo que es sumamente vil. Y esto lo hago con jóvenes y viejos, y en cualquier parte que me encuentre, con forasteros y ciudadanos. . .

Pues, sabedlo, *esto me lo ordena Dios*; yo creo que la ciudad no tiene ningún bien mayor que este servicio que yo presto al Dios, este mi constante andar acá y allá no haciendo otra cosa sino confortaros, a jóvenes y a viejos, a no preocuparse por el cuerpo ni por la riqueza, *ni antes ni con mayor celo que el que tenéis para el alma, para que ella mejore en lo posible*; diciendo que a los ciudadanos y a la ciudad la virtud no proviene de la riqueza, pero sí la riqueza y todo otro bien de la virtud. Y agregaré: atenienses. . . aunque me absolváis o no me absolváis, yo no

> haré otra cosa distinta, ni aun en el caso de que tuviese que morir muchas veces.[20]

Nos cuenta también Platón que un amigo de Sócrates, Querefonte, fue a consultar al oráculo de Delfos si hay hombre más sabio que Sócrates. El oráculo respondió que no hay ninguno más sabio que él.[21] Por este motivo, Sócrates comenzó a indagar a los hombres que se decían sabios:

> Habiéndome puesto a conversar con él (con uno de estos hombres reputados como sabios), me pareció que este hombre, aunque bien parecía sabio a muchos otros hombres, y especialmente a él mismo, pero que en realidad no lo era. Y traté de demostrárselo: tú crees ser sabio, pero no lo eres… Habiéndome ido, comencé a razonar, y me dije así: yo soy más sabio que este hombre, pues, por lo que me parece, ninguno de nosotros dos sabe nada bueno ni bello, pero éste cree saber, y no sabe; *yo no sé, pero tampoco creo saber*. Y parece que por esta pequeñez soy más sabio yo, pues *no creo saber lo que no sé*.[22]

De esta manera Sócrates nos enseña la importancia de la modestia, de la humildad, que es puerta y principio

---

[20] XVII, 29-30.

[21] *Apol*. V-VI.

[22] Ibid.

fundamental para emprender el camino de la búsqueda del saber, porque quien cree que ya sabe ¿cómo podrá seguir buscando el saber? Sin embargo, quien reconoce su propia ignorancia está siempre dispuesto a saber, puesto que no sabe.

La ironía de Sócrates: refutación y mayéutica

Esta constante búsqueda del saber no queda guardada como en una caja fuerte. No al menos para Sócrates. Ya pudimos ver que para él la filosofía es una misión sagrada, algo que le manda a hacer "el Dios" para conducirse a sí mismo y a los demás a la perfección de su alma. Ahora bien, ¿de qué manera intenta lograr esto? De Sócrates no nos quedó nada escrito, y es entendible que así sea, puesto que para él la única manera genuina de conducir el alma a la verdad y al saber es por medio del diálogo directo, cara a cara, con el otro. De esta manera es como se hizo tan famoso entre sus pares: Sócrates no impartía una "enseñanza", como podemos entender esto hoy en día (un aula, bancos, un profesor, alumnos, etc.). No. Él dialogaba con quien sea en lugares públicos, en plazas y gimnasios (que eran los lugares más concurridos de aquella época). Allí, sin más, ponía en práctica su tan conocida *ironía*. Esta ironía tan propia de Sócrates tenía dos caras: por un lado la refutación y por el otro lo que él llamaba mayéutica.

Podemos observar en los diálogos de Platón, que Sócrates acostumbraba a mover al otro a que diga su postura, emita un juicio o elabore una defensa sobre el tema que se esté conversando, haciendo preguntas o pidiéndolo explícitamente. De esta manera, teniendo al desnudo la postura del otro, le mostraba sus aporías, contradicciones, o lo que hoy llamamos falacias. Le mostraba con mucha precisión su acierto o

desacierto elaborando una refutación. Así, leemos a uno de sus interlocutores muy molesto por este procedimiento:

> He ahí, ¡por Hércules!, la acostumbrada ironía de Sócrates. Y yo bien sabía esto, y se lo predije a ellos, que tú no habrías querido responder, sino que te habrías servido de la ironía, y si alguien te interrogara lo habrías hecho todo, menos responder… Sí, sí, lo creo… (vosotros hacéis) de manera que Sócrates obre como le es habitual: de no responder él mismo, y en cambio, cuando otro responde, tomar su discurso y refutarlo… He aquí la sabiduría de Sócrates.[23]

Por otro lado, Sócrates muy raras veces se extendía en monólogos o discursos. Por el contrario, inducía a que el otro pueda descubrir la verdad por sí mismo, haciendo preguntas, refutando, razonando con él, induciendo dudas o simplemente señalando los puntos importantes del tema en cuestión. Es lo que él llamaba *mayéutica*. La μαιευτική, maieutiké, mayéutica, era el arte de las parteras, es decir, el de asistir a una mujer que está por dar a luz. Así nos lo cuenta Platón por boca de Sócrates:

> Y ¿no has oído decir que soy hijo de una partera muy hábil y seria, Fenareta? —Sí, lo he oído decir—.

[23] Platón, *República*, lib. I, XI-XII, 337-38.

Y ¿has oído, también, que yo me ocupo igualmente del mismo arte? —Eso no—. Pues bien, debes saber que es así… Reflexiona en la condición de la partera, y comprenderás más fácilmente lo que quiero decir. Sabes que ninguna de ellas asiste a las parturientas, cuando ella misma se encuentra encinta o parturienta, sino únicamente cuando no se halla en estado de dar a luz… ¿Y no es natural y necesario que a las mujeres grávidas las ausculten mejor las parteras que las otras? —Ciertamente—. Y las parteras tienen también medicinas y pueden, por medio de cantilenas, excitar los esfuerzos del parto y hacerlos, si quieren, dóciles, y aliviar a las que tienen un parto muy penoso, y hacer abortar cuando sobreviene un aborto prematuro. —Así es, efectivamente—. Ahora bien, todo mi arte de obstétrico es semejante a ese en lo demás, pero difiere en que se aplica a los hombres y no a las mujeres, y *se relaciona con sus almas parturientas y no con los cuerpos*. Sobre todo, en nuestro arte hay la siguiente particularidad: que se puede averiguar por todo medio, si el pensamiento del joven va a dar a luz alguna cosa fantástica o falsa, o algo genuino y verdadero. Pues, lo mismo que a las parteras, me sucede lo siguiente: yo soy estéril de sabiduría, y lo que me han reprochado muchos, que interrogo a los demás, pero que después yo no respondo nada

sobre nada, por falta de sabiduría, en verdad puede reprochárseme. Y la causa es la siguiente: que el Dios me constriñe a obrar como obstétrico, pero me veta dar a luz. Y yo, pues, no soy sabio, ni puedo ostentar ningún descubrimiento mío, engendrado por mi alma. Pero los que me frecuentan, al principio parecen (algunos también en todo) ignorantes, pero después, alcanzando familiaridad, como asistidos por el dios, obtienen un provecho admirablemente grande, tal como les parece a ellos mismos y a los demás. Y sin embargo, es evidente que nada han aprendido nunca de mí, sino que ellos han encontrado por sí mismos, muchas y bellas cosas, que ya poseían[24]. Y es verdad que mis familiares pasan justamente por el mismo estado de las parturientas, porque sienten los dolores del parto y están llenos de angustia, día y noche, aún mayores que las de aquéllas. Pero mi arte puede suscitar y hacer desaparecer prontamente estas angustias. Confíate, entonces, a mí, como a hijo de partera y obstétrico yo mismo, y a las preguntas que

[24] Este, "que ya poseían" no es de poca importancia. A partir de esta suerte de "saber innato" que posee el alma (que, recordemos, es de origen divino) es como empieza a dibujarse la teoría de la reminiscencia de Platón.

> te haré trata de responder de la manera en que eres capaz.[25]

Es decir, Sócrates, quien se reconocía ignorante de todo saber, asume la condición de partera de almas. Por su asistencia ayudaba a que los demás pudieran encontrar por sí mismos aquella verdad oculta. Así es como se da la ironía de que el ignorante, incapaz de dar a luz por sí mismo saber alguno (al menos así lo entendía Sócrates), podía ayudar a otros a engendrar el saber y la verdad que tienen en su interior.

---

[25] *Teetetos*, 148-151.